

Este texto de unplandivino.net se titula:

“La humildad y la naturaleza. Don Quijote versus Escarlata... Alma, deseo, expresión, éxito y literatura...”

- Este texto tiene página asociada, con enlaces a posibles audios, etc.:

<https://www.unplandivino.net/humildad-naturaleza>

(licencia de este documento: *Creative Commons: CC BY-NC-ND 3.0 ES; Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España*: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>)

Palabras clave: alma, literatura, deseo, naturaleza, humildad, Jesús, verdad, *Lo que el viento se llevó*, *Don Quijote*, Emilia Pardo Bazán, naturalismo en literatura, corazón, cometa, sueños, leyes de Dios, Margaret Mitchell, Cervantes, crear, luz, expresión, sentir, emociones, espontaneidad, vampirismo emocional, reyes magos, navidad y terror.

Versión 1.03. 19 mayo, 2023 (con un añadido —ampliando mejor el apartado sobre *qué es la espiritualidad*—, y también con algunas correcciones menores). (La primera versión es del 30 de enero del 2023)

Índice

La humildad de las plantas y nuestro corazón.....	1
La luz-verdad y “crear”	2
La humildad y su expresión.....	2
La luz-verdad sobre el amor de alma gemela.....	3
Humildad, deseo y literatura.....	4
¿Qué es la espiritualidad?.....	4
Volviendo a Mitchell... y el naturalismo en literatura.....	6
Sobre sentir, evitar y literatura-ficción.....	8
El sueño del día 28 de enero, simple... la cometa.....	8
Espontaneidad.....	9
La aterradora navidad y el aplastamiento de la cometa del deseo.....	9

La humildad de las plantas y nuestro corazón

Analogía:

Fijaos en esa especie de humildad de la luz-verdad del sol, a nivel físico: el sol, gratis... las plantas crecen... y nutren ese “colchón” o capa protectora que son nuestros pulmones físicos, que rodean al corazón físico, protegiendo pues ese “núcleo vital”, con su latir irrigador de “vida”.

Ese proceso es independiente de cuán “desarrollada” tengamos nuestra propia humildad como “órgano del alma” (esa humildad que sería así como un “órgano” del alma).

Es decir, ese proceso actúa igual para todos (el proceso físico, el de la Tierra... con esa “humildad” que de cierto modo conlleva la relación entre la luz solar y las plantas, etc.).

Por ejemplo las plantas son así de “serviciales” por igual, para todos y todo.

La humildad de esa verdad-luz conseguida... en este aspecto físico, el que acabamos de ver, ¿qué es

esa humildad?

Esa humildad “florece” para dar una vida más creativa, plena... y se da físicamente en ese “afuera” de los efectos “exteriores” (luz solar pegando contra los cuerpos, etc.)... pero parece que luego, la “vida del alma”, más allá de lo físico, en el cuerpo espiritual... será, digamos, “más interior”.

Recordemos: un dato clave es que en el mundo espiritual “vemos” con la luz del alma; es decir, vemos con “nuestra luz”, con la verdad-luz que hayamos conseguido asimilar emocionalmente... o bien, con la prestada o la “confluída” junto a otras almas.

(En el mundo espiritual ya no vemos con la luz solar, no tenemos el cuerpo físico.)

Así, lo que exista ahí, en el mundo espiritual, como equivalente a los “pulmones” físicos, quizá sea un reflejo más “íntimo” del “colosal” órgano de la humildad que tenemos o somos como almas (“colosal” porque el alma es la creación más grande de Dios).

En el mundo espiritual, nuestro propio desarrollo en humildad parece que se va a ver cada vez más reflejado por ejemplo en las plantas que vemos (no sólo en cómo las vemos).

Y al crecer en amor nos adentraremos infinitamente en esa especie de *símbolo* que parece que representa “el núcleo de lo vital”, que en lo físico es el corazón físico. Esto simbolizaría de cierto modo la vida del alma, con ese “amor” (humilde) que riega de vida el cuerpo... (en analogía con la vida dada en el alma y como almas por Dios, esa vida de la que diríamos que es “el corazón del alma”).

El corazón está protegido y es en parte nutrido por esos “instrumentos de la humildad” que serían los pulmones, los que a su vez están en –o expresan– esa hermosa relación con las plantas.

Esos instrumentos están “al servicio de la vida”, pues –como las plantas–.

La luz-verdad y “crear”

Así pues, parece que el “ver”, en el mundo espiritual, es cada vez más un “crear”, debido a esa “interiorización” a la que aludo arriba. Tener más luz-verdad en el alma, más verdad-luz asimilada... nos permitirá “enfocar” esa luz, y esto es quizá sinónimo de un “desear armónicamente con el amor y la verdad”.

Más luz y más verdad nos permiten tener una creatividad mayor y más armónica, y espontáneamente buena... o “la mejor para todos”, para todo.

La humildad y su expresión

Podríamos pensar y sentir cómo la humildad es de cierto modo “inexpresiva” en las plantas, casi “mineral”, podríamos decir.

(El “reino mineral” sería el “reino de seres” que las plantas tienen “por debajo” –tierra–, y por encima –sol–).

En los animales, la humildad es “expresivo-impersonal”, casi “vegetal”.

(El “vegetal” sería el “reino” que los antecede, digamos, a grandes rasgos –a los animales–).

Y los animales no tienen alma.

Así es que luego tenemos el alma humana, con su libre albedrío, y que “hace órgano”, y “tiene órgano”... con la humildad.

Es decir, que puede expresar personalmente las emociones y, en último término, “sin potenciar el daño de las heridas emocionales” que muchas emociones representan.

Hay un asumir personal, hay pues una asunción, organizada personalmente, de esa “cualidad vital” que llamamos “humildad”, como “órgano colosal” –del que hablábamos arriba–.

Los animales *no pecan* (es decir, no degradan su alma, pues no son un alma).

Así, su expresión, su acción, no es *intencional*. Si acaso diremos que expresan la “intención impersonal” ínsita en las leyes naturales, que es principalmente mostrar la condición del alma humana, y, más en general, también es un cierto “representar” de ese modo la “interrelación expresiva de la vida”, la cual incorpora a la vez todos los principios de la infinita naturaleza que es Dios, pero que lo hace como en una especie de *eco basal* de ese Infinito cuya relación personal meramente se “*anuncia*” *al alma humana* en todo lo que vemos en “la naturaleza”.

(El eco basal es como un anuncio, digamos :) ... un “comercial”... pero que es un regalo de Dios... y claro que, para nada, “comercial”).

La luz-verdad sobre el amor de alma gemela

Esta verdad sobre el alma gemela nos permite ver y dilucidar cosas, mismamente en el terreno intelectual. Por ejemplo, no hay contraposición entre:

- “ley natural” y
- “ley moral”...

La ley “moral”, es decir, cómo están regulados los hechos del alma... no es algo represor (simplemente es).

Así pues, no hay contraposición entre:

- la naturaleza como “*madrastra*”
(así es literalmente “insultada”: “madrastra”... y con cierto sentido... por nuestra tradición literaria –abajo veremos algo sobre ello–, y en parte por las defectuosas religiones, tan defectuosas en tantos de sus conceptos, actitudes...).
- y la naturaleza como “*madre*”.

La naturaleza es llamada “madrastra” por un personaje de una célebre novelista española de finales del siglo XIX: Emilia Pardo Bazán. El libro es “*La madre naturaleza*”, segunda parte de “*Los pazos de Ulloa*”, aunque esta última novela es “autosuficiente” (y en realidad de cierto modo más rica en muchos aspectos).

El mensaje esencial de estas novelas es, digamos, “bueno”, es “verdad”, pues es resaltar que el principio espiritual tiene “la última palabra” sobre las cosas.

Eso sabemos que es así, aunque se refleje tan “torcidamente” en los “símbolos” que tenemos a nuestra disposición.

Esos “símbolos activos” en las novelas son a veces los sacerdotes, que obviamente a veces

representan “la religión”, pero en realidad lo hacen “muy de fondo” —es decir, que no tienen necesariamente una “presencia dogmática”, quiero decir—.

Es efectivamente así, ese “principio espiritual”, pues “el alma gobierna”.

Es decir, las leyes que afectan al alma son las jerárquicamente más importantes, y todo existe en el fondo para poder sentir y asumir la *corrección* cada uno de nosotros —la corrección de nuestros errores emocionales, es decir, a nivel del alma, de esa alma que es, como nos dice Jesús en sus enseñanzas: emociones, deseos, pasiones, intenciones...—.

Humildad, deseo y literatura

El éxito de las novelas, del “trabajo persistente en un deseo”...

Veamos el caso de una escritora que hizo una novela célebre: Margaret Mitchell.

Ella estuvo digamos que “un poco convaleciente” durante 10 años, escribiendo la exitosa “*Lo que el viento se llevó*”.

Inevitablemente, ella, en el proceso, se identificaría con su personaje principal, Escarlata, la protagonista. Ésta es una mujer muy fuerte, aunque cínica, etc., pero que se sobrepone a todo, que “sobrevive”... que tiene fe en que va a salir adelante en el aspecto más básico (aunque, ya digo, con el matiz de “pasarse de rosca” con el cinismo, ya que no se trata sólo de un “salir adelante físicamente, fisiológicamente”... sino también de un enfermizo “el dinero por el dinero”, “más dinero” —aunque da un poco igual, eso... pues es lo dicho: es “fe”, también...—).

Así pues, para la autora, la escritura consistiría quizá en una especie de “terapia”, en su encierro (dicen que tuvo un accidente y una serie de lesiones); sería una terapia sobre y con su *deseo efectivo y activo* (es decir, la fe).

Margaret, como a su modo hizo su personaje, consiguió un gran éxito material: vendió millones de libros, pese a que, evidentemente, eso no es un camino espiritual “con Dios” —es decir, no es “del todo con Dios”, si es que recibió algo de amor divino al pedirlo a nuestra MamiPapi—.

Y por cierto, también es “terapia colectiva”, a la vez, con una cierta implicación de “liberación de la mujer”.

Así que, ahí tenemos... esa relación entre un autor, cierta espiritualidad en ese “trabajar el deseo” (deseos más o menos armónicos)...

¿Qué es la espiritualidad?

Podemos ver una “definición” simple de “espiritualidad”. Más bien se trata de una alusión indicativa, de la que extraer cosas, dada por Michel Foucault. Implica una definición digamos “técnica”, y simplemente “para empezar”, como una base, en el curso de sus pesquisas¹. En seguida, a continuación de esta cita, veremos unas reflexiones (parafraseadas) de Foucault, sobre la distinción entre filosofía y espiritualidad:

1 Lo hace en el curso que dio en 1981-1982 —poco antes de morir (muere en el 1984)—, y que se titula “*Hermenéutica del sujeto*”. Este título en parte “engaña”, pues el contenido del curso es muy básico y trata cosas muy prácticas (sobre el cuidado de sí, etc., resumiendo y enlazando cosas que hay respecto a esto en la “tradición” filosófica y en parte en la tradición cristiana, etc.: Séneca, Epicteto, Casiano, etc.).

“Si se define la espiritualidad como la forma de prácticas que postulan que, tal como es, el sujeto no es capaz de verdad pero que ésta, tal como es, es capaz de transfigurarla y salvarlo, diremos que la edad moderna de las relaciones entre sujeto y verdad comienza el día en que postulamos que tal como es, el sujeto es capaz de verdad, pero que ésta, tal como es, no es capaz de salvarlo”².

Parafraseo a continuación lo que dice Foucault (pág. 30) para distinguir entre filosofía y espiritualidad (no lo copio literalmente, y por eso está algo largamente expresado):

Por un lado, lo que se llama “filosofía” es una forma de pensar, de pensamiento, que indaga *no tanto en lo que es verdadero y lo que es falso*, sino en qué es lo que hace que exista, en qué es lo que hace que pueda haber:

- verdad y falsedad,

- y qué hace que pueda distinguirse entre verdad y falsedad; o sea, que se pueda deslindar una de otra.

Y la forma de pensamiento “filosófica” trata de delimitar cuáles son las condiciones y límites que el sujeto experimenta para poder acceder a la verdad³.

Entonces, por otro lado, la espiritualidad, dice Foucault, es buscar, practicar, experimentar... es decir, es la experiencia, es la práctica, es la búsqueda... mediante las que el sujeto lleva a cabo, en él o ella misma, las *transformaciones* que sean las precisas y necesarias para poder acceder a la verdad.

Entonces, “espiritualidad”, sería ese cúmulo de esas cosas (ese buscar, practicar, etc.). ¿Qué cosas? Se las llama, como recordaréis: purificarse; renunciar; la ascesis; trocar la mirada; modificar la manera de existir...

¿Y cómo así? Esas cosas son lo que el sujeto ha de “pagar”, son el precio a abonar, el esfuerzo a “pagar”... por el hecho de poder acceder a la verdad.

El sujeto efectúa pues, su transformación, mediante esas prácticas y experiencias “espirituales”.

Es decir, eso no sería un pago —o esfuerzo— que realice “el conocimiento” —como pago para poder acceder a la verdad—, sino que constituye un pago para el propio ser del sujeto, para su ser en sí mismo (que “paga el precio” de poder acceder a la verdad).

2 Esto está en la pág. 35 del curso.

3 Nosotros sabemos (estamos comprobando) que esas condiciones y límites son literalmente la *condición* que el sujeto tenga en *amor*, es decir, en cualidad intrínseca (álmica) de amor.

Y es que la verdad y el amor siempre van juntos; pero se trata del “amor” tal cual es realmente. Es decir, se trata del cuidado de uno, de los demás, del entorno... pero tal como realmente “son” esas cosas; es decir, tal como se harían y “se serían”, “cósmicamente” hablando.

Es decir, hablamos de la condición que tenemos, objetiva, en el alma, “de amor”; pero de amor tal como realmente es éste, y no como en general las personas creemos y practicamos que es.

Es decir, entonces, el sujeto, en vez de “anclarse directamente en el alma” (en el “ánimo”), lo que hace, sin embargo —con la filosofía en general, y con la teología en general— es toda esa “excursión”. Y el “sujeto” de cierto modo se desancla así del alma, cuando, en realidad, la raíz de la capacidad de “ser sujeto” está en el alma, y es en sí misma el alma (el libre albedrío, la “base” *final* de la autoconsciencia, etc.).

Volviendo a Mitchell... y el naturalismo en literatura

La autora se esfuerza en “escribir” a Escarlata sobre la pizarra del olimpo de esos dioses humanos que son los personajes “eternos” de la literatura... pintando una mujer fuerte, y obviamente identificándose con ella... haciéndola subir y aguantar... o sea, no sólo aguantar, sino ascender, crecer tras la adversidad, aunque sólo sea material y muy cínicamente.

Y la escritora, tras 10 años de escribir, ve “cumplido el deseo”. Hay pues un determinismo del alma, como vemos, un determinismo de la “acción del deseo”: “Manda” el deseo, “manda” el alma; el “destino” se rige “a fuerza de deseo”, no a mera “fuerza de voluntad” (como vimos resaltado en las enseñanzas de Jesús). Es pues un deseo imaginante... como un cultivo de la “fantasía imaginante”.

No estamos sujetos al “destino” que configuran las circunstancias:

- “raza” / biología,
 - medio social / familiar,
 - momento o período...
- ... sino que tenemos libre albedrío.

Hay una reacción literaria en la España del siglo XIX contra cierto “determinismo muy materialista” que venía de Francia (gran parte del movimiento de escritores llamado “naturalismo”).

Ese naturalismo francés en literatura es en parte, y de cierto modo, un grito “contra el libre albedrío”. También es en parte y literalmente “anti-misericordia”. Tenemos esta cita de Maupassant:

“se ha sustituido la idea de perdón por la de justicia, sembrando en nosotros una sensiblería misericordiosa y sentimental que ha reemplazado a la razón”. (citado en la pág. 2 de: “Destino y determinación en el naturalismo decimonónico”⁴, de M^a Ángeles Varela Olea).

Mitchell hace un repaso y documento de la historia de un evento que fue clave en la historia de los USA (dividió a este país, y de cierto modo creo que aún hoy es como nuestra guerra civil en España... donde se sigue usando el viejo espíritu de conflicto entre “dos Españas”).

Ella relata ese evento encajándose en el punto de vista de los vencidos, es decir, el sur esclavista, que fue aplastado por las tropas del norte. Aunque los principales personajes de Mitchell son vencidos cínicos (y claro, al fin y al cabo... se trata de una mujer, Escarlata; y las mujeres de cierta manera pertenecen doblemente al “bando de los vencidos”. Escarlata nunca se da por vencida).

Pero el fondo es muy cínico, recordemos. Por ejemplo esa novela es todo “un aviso a navegantes”, pues los protagonistas, Rhett y Escarlata, son directamente cínicos, y, aunque en la novela se perfila un cambio... básicamente están satisfechos con esa postura.

Rhett, el millonario sin escrúpulos, presume de no importarle saber y “practicar” por ejemplo el hecho, la verdad, de que: “*se hace dinero tanto en la construcción de una civilización como en su destrucción*”. (Fijémonos en que esa es la “máxima” que guiará en gran medida la “política” (por llamarlo de alguna manera) de los cien años posteriores a ese momento en que Mitchell empieza a escribir su novela –empieza al parecer en 1926, y la publica en 1936–).

4 Ver el artículo de esa autora sobre este tema “clásico” de la literatura (naturalismo, visto desde una óptica muy espiritual, digamos, donde hay sensibilidad al libre albedrío, pues seguramente la autora del artículo es católica): <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3778017> / pdf artículo completo: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3778017.pdf>

Mitchell escribió algo así como una “Doña Quijota” (Escarlata) que es como el reverso de don Quijote. Y por cierto, el “Dulcineo” de Escarlata también existe, y es real (Ashley), aunque (cuidado, *spoiler*:) termina siendo una ilusión, y ella termina cediendo a “un sólo amor”, que ahora es ya sólo un amor por el cínico de Rhett... pero que parece o se nos vende como auténtico amor.

En realidad esto lo digo básicamente para que veamos cómo sucede que en esos dos grandes “éxitos de ventas y de público” (“*Don Quijote*”, y “*Lo que el viento...*”) tenemos “lo mismo”:

El tema del amor y cierta fidelidad al amor, es decir, cierta fidelidad a “la verdad sobre el alma gemela”, que está ahí siendo como “trabajada”, de alguna manera fiel, por las capacidades deseantes del alma en acción, creativa... con su mayor o menor “luz interna”.

En el Quijote el protagonista no tiene miedo, básicamente. Así, el autor se gusta escribiendo tan imaginativamente y durante cientos de páginas sus aventuras. “Trabajo del deseo”, pues... y como, por ley, por la *ley del deseo*, resulta que “tenemos lo que deseamos”, entonces lógicamente se da el éxito a resultados de “perder el miedo”, de “afrontar el miedo”...

Y en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* también hay una fidelidad al alma gemela, aunque aparezca aparentemente menospreciada o burlada, con esa Dulcinea de semi-ensueño.

Pero esa locura es en parte “más real”, en el fondo, que ninguna otra cosa... efectivamente lo es.

Así, en Mitchell hay igualmente una “fe material” (es decir: *deseo activo y efectivo*, tanto en la vida real como escritora, como en la de su personaje Escarlata, que sobrevive a todo)... Y tal como sucede en Cervantes, hay una “fe en el amor de alma gemela”.

Además, como dijimos, el marco histórico es muy importante en la obra de Mitchell; es la guerra de Secesión vista desde el lado vencido. Así, de cierto modo se consigue algo de eso que podemos quizá llamar “reconciliar opuestos” –en la sociedad de ese país, EEUU–.

Ella se enfoca en el productivo “materialismo deseante superviviente” de Escarlata, que, como personaje, es esa literal escritura reconciliadora en la imaginaria pizarra del tiempo... (el hijo de esa mujer sin hijos que fue Margaret es evidentemente el libro “*Lo que el viento se llevó*”, que escribe a Escarlata en esa pizarra).

Y durante esos años Margaret se ve igualmente alentada por ese cierto “no-materialismo” relativo al alma-gemela, es decir: El impulso alma-gemela de su personaje, Escarlata.

Podríamos decir que el “materialismo superviviente” es en su esencia la “fe básica” en que la vida, o sea, Dios a través de las leyes naturales que rigen la vida (un Dios al que por tanto sólo “impersonalmente” le permitimos “actuar”)... Dios, la vida... decíamos... es confiable a la hora de sostenernos materialmente sin tener que ceder a deseos demasiado impuros –pese al cinismo, como dijimos... y a las “impurezas” cometidas por Escarlata a conciencia, a veces–.

La clave (en cualquier “espiritualidad”), parece pues...: Cultivar deseo de atreverse a desafiar miedos.

Sobre sentir, evitar y literatura-ficción

Atravesar los sentimientos que se nos desatan al leer algo, o al ver alguna obra de ficción... identificándose con el personaje, etc.... eso, ¿puede en realidad servir a menudo para “aprender a no sentir hasta el final”... o sea, para aprender a “evitar el alma”, de todos modos?

Vivimos, a través de nuestra identificación con un personaje... vivimos quizá una cierta “superación ficticia del miedo” (en la vida del personaje), en vez de descubrir “más realidad” en nuestra alma (más de esa realidad errada nuestra... más de nuestros miedos, cada vez más personales... de esos que tenemos dentro bloqueados)... y esa “irrealidad” de una “superación ficticia” la podemos “vivir” en vez de traspasar bien y del todo ese “miedo propio”... el miedo que quizá la novela –por ejemplo– nos habría ayudado a destapar, al meramente irnos señalando la punta del hilo de algunos ovillos que habría en nuestra propia alma, con sus miedos y demás emociones “por sanar”.

El sueño del día 28 de enero, simple... la cometa

Una cometa que se atreve a volar alto... se transforma en helicóptero o similar... al descender a tierra... y claro, ahora es capaz de transportar gente a las alturas del alma que está potenciada al cultivarse en “las alturas del deseo”, es decir, de deseos armónicos con ese cielo donde la cometa vuela... ese cielo que representa el amor y la verdad (pero bien sujeta a la vez a tierra, por el hilo).

[*Recordatorio*: Transportar es, aparte de llevar por ahí cosas o personas...: “*Enajenarse de la razón o del sentido por pasión, éxtasis o accidente*”.]

Este sueño nos introduce pues en estos temas... aunque ahora lo traemos para finalizar este texto y audio; nos introduce en el tema tratado: deseo, literatura, alma... y es, digamos, muy básico.

El alma de los autores –como Cervantes, Pardo Bazán, Mitchell...– “vuela alto” en su trabajo de cultivar y de ser fieles a deseos más o menos armónicos con Dios.

Así, ese vuelo se ve como “recompensado” mediante la adquisición de esa capacidad de “transportar” a muchas otras almas, para poder quizá confluir en “la alegría del autoconocimiento” como almas únicas (todos...)... e incluso como almas con un destino eterno, si es que nos sumamos al camino del amor divino, es decir, si recibimos y pedimos amor a Dios –y ello por poner el primer “hito-tope” de la “finalidad esencial” y eterna, intrínseca al diseño o plan divino–.

Este sueño de la cometa, tan simple, representa este poder del alma y de su sanación, al menos –si no, incluso también de su transformación por el amor divino–.

En el caso de Mitchell podríamos por ejemplo aventurar que esa armonía consiste en un cierto “amar a los muertos”. Y este sería, por cierto, el verdadero sentido –si lo tiene– del mandamiento que habla de “honrar a los padres”, y siendo ahí “los padres” cualquier persona que ya murió en el planeta.

Y “amar” a los antepasados es simplemente tenerlos en cuenta, pero no por ello ceder a falsos conceptos sobre el cuidado y el amor, que son transportados e impuestos por lo peor que hay en las tradiciones, claro está. Y es que, recordemos: Dios quiere por igual a los muertos y a los vivos. Por ejemplo Dios desea por igual poder llegar a sanar en nosotros y en los muertos las causas –que están en el alma– de que los muertos sigan y nosotros sigamos “queriendo cometer pecados”.

Recordemos, por cierto: esa voluntad la siguen teniendo las personas ya muertas, que pueden y podían quedarse mucho tiempo en la dimensión 1 (condición de alma 1).

Así pues, tener en cuenta a los muertos es cuidar o considerar sus vidas, opiniones, razones, motivaciones... es un cierto “respetar” eso, pero básicamente en el sentido de “al menos tenerlo en cuenta”, y ello pese a que muchas de esas cosas estén equivocadas de raíz (pero “poner todo”, “lo bueno y lo malo”... digamos).

(Por eso comentábamos arriba lo de cierta “reconciliación de opuestos”, por así decirlo.)

Espontaneidad

La espontaneidad no se puede aprender. Ya somos la semilla o potencial de esa espontaneidad (la pureza con la que fue creada por Dios nuestra alma, aunque no sea todavía divina, pues no tiene amor de Dios por diseño).

Esa espontaneidad podríamos decir que fue en cierto modo perdida al “aprender la fachada”, al hacernos “a imagen de los padres y madres”, y demás adultos...

Pero el amor de Dios nos permitirá recobrar la espontaneidad, aunque lo hará así como desde otra base (y “es necesario actuar”, desafiando miedos... pues podemos perfectamente apagar de nuevo muchos “accesos de espontaneidad”).

Parecería pues que el alma ha de “aprender” espontaneidad, en el sentido de dejarse llevar, confiada, como esa cometa que sigue los vientos de aquel “cielo puro”. Pero, lo dicho, eso no se aprende... se es, aunque hay que confiar mucho en que esa sería efectivamente nuestra verdadera identidad, y que es algo a descubrir... a descubrir siéndola... y confiando en que, al soltar la fachada, no vamos a perder nada valioso.

Sólo que el acicate del amor de Dios no exige nada... sino que el pedazo de Infinito que es el amor de Dios en nuestra alma va a hacer cada vez más absurda toda exigencia que aún impregna la vida –mucho o poco– en los caminos del amor natural y en las religiones o anti-religiones a las que estemos así como “sumados”, aunque sin haber recibido amor de Dios.

La aterradora navidad y el aplastamiento de la cometa del deseo

Y para terminar, ahora sí... y ya que recientemente pasamos las fechas de “la navidad” –esa terrorífica navidad de la que hablábamos en un texto reciente, y creo que en varios audios también–:

La “cometa del deseo” del alma de los niños es aplastada por el ritual material obsesivo, capturador, de los adultos “reyes magos”.

“Ley del deseo”: Tenemos lo que deseamos... (de niños), pero lo tenemos *materialmente* (regalos)... para que espiritual-energéticamente se pueda seguir dando ese *vampirismo* literal, o sea, ese sometimiento y esa dependencia emocional-álmica respecto a los adultos.

Ese ritual o gesto materialista permea luego toda la relación, en muchos casos, con “la familia”.

Es ese ritual de “falsos regalos” es pues una maniobra de despiste, una de la cual creo poder darme cuenta de que apenas ahora puedo salir... y no muy ileso :)... y de que voy entendiéndola quizá algo mejor... al ir sintiéndola en su error.

Me refiero a esa especie de *hipnosis material*, pues con el tema de los regalos de navidad –los

reyes magos, en concreto– las madres y los padres hacen cierta *magia negra* para justificar el vampirismo emocional con los niños.

Es pues una magia negra bien “empírica”, bien “racional” y material... con tanto *pase mágico* de decenas de “regalos” a lo largo de las vidas de los niños... todos esos regalos materiales hechos de una materia a descuidar sistemáticamente, para así poder cumplir complacientemente con los requisitos, tan costosos, de esa hipnosis material.

Esa hipnosis nos saca literalmente del alma, ya que el alma puede ser, y es, la creadora de casi “lo que ella quiera”.

Y esta “creatividad” sucede o puede suceder desde muy pequeños. Recordemos por ejemplo que podríamos atraer muy pronto en nuestras vidas al alma gemela, y así, ahorrarnos gran parte de las zozobras más importantes de la vida, pues de manera natural sólo tenemos atracción sexual por nuestra alma gemela.

Luego, lógicamente, de mayores nos queremos hacer (con esa “voluntad herida” por defecto que ya tenemos y somos) nuestros propios reyes magos: así pues, síndrome de Estocolmo... “interiorización” de los padres dentro de nosotros, claro está (una comprensión dañina del “respetarás a los padres”).

(Lo vimos recientemente en el tema de las *jaulas de “amor” falso*.)